

Gotas nada más

Cierta amiga mía me pide que escriba mi último artículo en las páginas de TRIUNFO, antes de mi jubilación, a propósito de la energía nuclear. Recuerdo además que en estos días se cumple precisamente el XXX aniversario del incidente en la central nuclear de Harrisburg (Pennsylvania), que vino a demostrar por aquellas ya lejanas calendas que las medidas de seguridad de las centrales no eran tan infalibles como nos quería hacer ver el capital monopolista que las instalaba a escala mundial.

Nada más llegar a casa de Carmentxu, en la orilla derecha del Nervión, mi amiga se excusa por un contratiempo que, por la naturalidad con que se vive, tiene la familiaridad de lo cotidiano.

—Sirve algo —me dice—. Dentro de un rato enterramos a mi nieto Txomin y tendremos que salir un momento al cementerio.

Los nietos de Carmentxu, a quienes evidentemente no resulta conveniente enviar a la calle, juegan por la casa. El más pequeño, blanco, rubio, delicioso, patatea de espaldas sobre la alfombra provisto de un chupete eléctrico, uno de esos extraños adminículos, desconocidos de mi niñez, que no sólo sustituyen al pezón de la madre o al sabroso pulgar, sino que producen un leve cosquilleo en el paladar que sume a la criatura en el sueño, según las necesidades de los padres. Las niñas juegan con dos grandes muñecas eléctricas, que hacen pipí o popó, según se les accione o no un conmutador emplazado sobre la clavícula; hacen también comiditas diversas, que sospecho producen unas diarreas tremendas a las criaturas, en una cocina de muñecas, fastuosamente iluminada, que reproduce a escala considerable la vivienda de los adultos. El chiquillo tiene un abultado tumor color lombarda sobre el cuello y, de vez en cuando, deja el chupete y se lleva la manecita al cuello para jugar con el tumor. Las niñas, que no parecen sufrir deformación alguna, tienen los ojos tan enrojecidos como si les acabasen de abrir los párpados de dos cuchilladas, han perdido visión, evidentemente, y van a vomitar al inodoro. Entre tanto, Arrate, la hija de mi amiga, se lava el pelo introduciendo la cabeza en un aparato eléctrico semejante a un fuera borda, y ya tiene montado sobre la mesa del "office" un sofisticado artificio para secar y marcar. Lejos, en el baño, se oye el zumbido de una máquina de afeitar, y más acá, en el área del salón, el primogénito de la familia, que ha ido perdiendo los dientes inexplicablemente en los últimos meses, tiene enchufados a la vez la televisión y el tocadiscos, lo que me hace pensar que no sólo ha perdido los dientes. Cuando en silencio me hallo contemplando la enorme y caótica aglomeración industrial que se extiende como una mancha nauseabunda por la ría y por los valles cercanos, el yerno de Carmentxu llega desde el baño montado en una especie de patín eléctrico, que facilita enormemente, quién lo duda, sus desplazamientos por el parquet de la casa.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto.

—Lo normal —y no puede decirse que Josetxu no sea un tipo lúcido; a este muchacho no le engañan—. La radiación de nuestro sistema reproductor es muy superior a la que recibáis en vuestros tiempos —le digo que así es, y que, a lo sumo, lo más grave que recuerdo fue una blenorragia que tuvieron la gentileza de regalarnos a Juan Boro y a mí, por el mismo precio, en la calle San Marcos, de Madrid. Josetxu, que escucha sin ningún entusiasmo mi vida, continúa: Nuestros hijos se desarrollan en un claustro materno fuertemente alterado. Los niveles de contaminación radiactiva, tanto en la atmósfera como en los alimentos, son de tal modo altos, que no resulta extraño que se produzcan los hechos que has podido comprobar en la zona.

—¿Y qué puede hacerse?

—Yo soy bestialmente antinuclear —dice, y un poco molesto añade—: Y hago lo que puedo. El cementerio, en esta tarde de primavera, está cubierto de yerba recién nacida, y los árboles, con los primeros brotes, dan a mi vieja y consumida vida un toque achampanado de nostalgia. El cadáver de la criatura ha sido depositado, embutido en un blanco saco de cloruro de polivinilo, sobre una brillante mesa de aluminio. Los padres le dan el último beso y un robot sale de su garita, reúne con un movimiento brusco los bordes del saco sobre la cara amoratada del crío y, acto seguido, los suelda en una pestaña con una breve acción de la mano. Un apesadumado olor a plástico quemado inunda la capilla helada.

—Todavía no está muy perfeccionado el invento —dice alguien a mi espalda.

—¿Y qué quieres? —pregunta destempladamente su acompañante—. ¡Ni podemos emplear madera ni nadie quiere ser ya sepulturero!

El robot, de quien surge un largo cable que le conecta a la cabina, se mueve pesada y rígidamente por los senderos del cementerio, en dirección a la fosa. Perfectamente programado, aguarda unos minutos a que se reúna el cortejo y luego deja caer a la criatura un poco rudamente dentro del oscuro agujero.

Regresamos en el gran coche de Josetxu. El muchacho tiene que quedarse en Bilbao, porque a las siete tiene manifestación antinuclear en El Arenal, pero es tan amable que dice no molestarle acercarnos a Plencia. Y cerca de casa, por aquella amplia acera que ha perdido los viejos y queridos olores del mar, y que ahora te lleva directamente a las cinco plantas nucleares de Lemoniz, me pongo lírico con Carmentxu. Debe ser la inminencia de la jubilación:

—Sólo la explotación y el control minucioso a escala planetaria de las fuentes de energía, inimaginable en un universo no conducido por el socialismo...

—Calla, loco —me ataja Carmentxu—. Tú ya no eres de este mundo.

Y muy probablemente, tiene razón. Casi toda la razón. ■

LEMONIZ, MON AMOUR

ANTON AMARGO

Novedad GG

Colección Punto y Línea

Javier Coma
Del gato Félix al gato
Fritz
Historia de los comics

Marcello Giacomantonio
La enseñanza
audiovisual

Dan Pedoe
La geometría en el arte

Colección Comunicación Visual

Arnau Puig
Sociología de las
formas

Jean-François Lyotard
Discurso, Figura

Antonio Martín
Historia del comic
español 1875-1939

Colección Tecnología y Sociedad

William H. Davenport
Una sola cultura
La formación de tecnólogos-
humanistas

Duncan Davies/
Tom Banfield/Ray Sheahan
El técnico en la
sociedad

Nathan Rosenberg
Tecnología y Economía

Editorial
Gustavo Gill, S.A.